

QUE SEAN POBRES Y TENGAN MIEDO

Roberto Rodriguez Fernandez – rrfernandez@unicauca.edu.co

En un mundo controlado por militaristas y codiciosos el orden depende de la existencia de grandes mayorías humanas empobrecidas y atemorizadas.

Si son pobres se garantizan los mercados de consumos y servicios, con sus demandas ilimitadas y ofertas controladas. Las personas viven preocupadas solo por sobrevivir, y no tienen ni tiempo ni energías para nada más. Las élites mantienen sus poderes apoyadas en el trabajo explotado de los ciudadanos. El éxito en la vida depende de la acumulación de riquezas, a pesar de que no se resuelvan los problemas. Así se mantienen las hegemonías del colonialismo, de la cultura occidental y de la democracia liberal.

Si tienen miedo las personas son mucho más controlables, y de muchas maneras. Se tienen mayores desarrollos e impactos de las políticas de seguridad. Los ejércitos oficiales y privados se complementan para abusar de su fuerza contra quienes protesten. El éxito en la vida depende de ser el más fuerte, es decir es la ley de la selva. La gente atemorizada cree cualquier cosa que le digan.

Como es lógico, la concentración de poderes en pocas manos y a expensas de muchas personas dominadas, crea élites que someten. Se necesita la fuerza de las armas para imponer el neoliberalismo, los anticomunismos, las violencias políticas estatales, las globalizaciones mercantiles, los controles de los territorios vitales, las prácticas discriminadoras, excluyentes y racistas, las sociedades patriarcales, la hegemonías norteamericana y europea.

Los negocios avanzan si hay pobres y clases medias a quienes venderles todo tipo de mercancías, y es posible manipular gobiernos, legislaciones, políticas y justicias. Las inversiones extranjeras solo pueden obtener sus flujos y transferencias de ganancias, si cuentan con informaciones privilegiadas y respaldos incondicionales.

Ahora, para “dejar de ser pobres” se necesitarían modelos económicos incluyentes; y “dejar de tener miedos” solo es posible en una democracia real. Es decir, una economía justa y una democracia comunitaria podrían lograrse mejores sociedades, sin tantas incertidumbres, con buen vivir.

Con las decisiones realmente autónomas en cada comunidad se resolverían problemas sociales, se cumplirían obligaciones estatales, privadas y ciudadanas, se pensaría en satisfacer las necesidades

humanas, se resolverían conflictos, se conservaría la naturaleza y el planeta, se defenderían los territorios y sus recursos, habría paz.

Decía el escritor Eduardo Galeano: “los que trabajan tienen miedo de perder el empleo, los que no trabajan tienen miedo de no encontrar nunca un empleo; quien no tiene miedo al hambre lo tiene a la comida ... hay miedo ante la puerta sin cerradura, al tiempo sin relojes, al niño sin televisión, miedo a la noche sin pastillas para dormir y miedo al día sin pastillas para despertar, miedo a la soledad, miedo a lo que fue y a lo que puede ser, miedo a morir, miedo a vivir”.

¿Quiénes se benefician de los miedos?

Y en una película chilena se decía que “este sistema político puede hacer rico a cualquiera ... ojo, a cualquiera, no a todos. Pero mientras que todos crean que se pueden convertir en ese cualquiera, el sistema está asegurado”.

¿Cómo pensar estas correlaciones entre ricos y *pobres atemorizados* en la violenta Colombia de hoy? ¿Y particularmente en nuestro sur-occidente?